

Secretaría de Prensa

DISCURSO DE S.E. EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA,
D. PATRICIO AYLWIN AZOCAR, EN AYUNTAMIENTO DE MADRID

MADRID, 9 de Abril de 1991.

Señores miembros del Ayuntamiento:

Permitidme expresar mi alegría de ser recibido en este Madrid que para nosotros tiene tanto significado. Agradezco emocionado las llaves de la ciudad y esta honrosa distinción, que me hacen sentirme en este Ayuntamiento como en mi propia casa.

Agradezco, así mismo, la hospitalidad madrileña, siempre abierta al talento, al esfuerzo y la cooperación, que hechizó a algunas de nuestras más grandes figuras literarias.

En un barrio de Madrid "con campanas, relojes y árboles" vivió Pablo Neruda. Su casa era llamada "la casa de las flores". "Desde allí -según sus palabras- se veía el rostro seco de Castilla como un océano de cuero". En su libro "Las Furias y las Penas" atestigua su amor y su nostalgia por el tiempo madrileño.

Vengo aquí en un momento particular de nuestra Patria, cuando estamos viviendo el proceso de asumir el pasado y los desafíos del futuro. Son pocas las oportunidades que la historia le da a un pueblo para enfrentarse conscientemente a sí mismo, a la crudeza de sus propios errores, a la fuerza de su tradición y a la voluntad compartida de construir un futuro mejor.

Chile es un país que ha amado y ama la democracia. Por eso perderla fue una tragedia y recuperarla ha sido la tarea que ha consumido nuestra voluntad y nuestro esmero durante largos años. Hoy estamos consolidándola, restaurando lo mejor de la tradición chilena y, al mismo tiempo, sentando las bases para enfrentar con éxito los desafíos de un mundo cambiante y veloz.

Con este fin aspiramos a lograr un desarrollo económico moderno que concilie el crecimiento y el dinamismo del sector privado con la participación de los trabajadores, la búsqueda de la solidaridad y la justicia social. Aspiramos también a fortalecer las relaciones entre el Estado y la sociedad y, más específicamente, la calidad de vida y la participación de cada

ciudadano. Ello significa, en buena medida, pensar en el futuro de la ciudad.

La historia de nuestras ciudades es parte de vuestra propia historia. Es parte de esa España que aún dentro del afán devastador del dominio del conquistador, quiso crear algo más que un enclave comercial. De esa España que quiso fundar una sociedad y que para ello se valió de la ciudad.

El conquistador llevaba consigo una antigua tradición que se remonta a Aristóteles, para quien la ciudad era la forma más perfecta que podía alcanzar la vida humana. En América Latina se encontró con algunas ciudades antiguas y grandes, que despertaron toda su admiración y que sirvieron al Padre Bartolomé de las Casas para probar que los indios eran también seres racionales, porque la ciudad era hija de la razón.

Pero la mayor parte del vasto territorio americano no conocía las ciudades; como era el caso de Chile. Para nosotros, la fundación de nuestras ciudades fue más que todo eso, fue el inicio de nuestras sociedades.

Aquellos hombres de coraje que en Chile cruzaron desiertos, vencieron la dispersa resistencia de grupos indígenas y escogieron los lugares para asentar el poblamiento de un territorio en medio de la soledad de la naturaleza, dieron origen a nuestra vida ciudadana. Esta nació con la solemnidad del levantamiento de un acta ante testigos y escribano, con el trazado de un plano que distribuyó un lugar para la Iglesia, otro para el Estado, otro para la comunidad y dibujó la Plaza de Armas, con la picota de la justicia en su centro.

Así fundó Don Pedro de Valdivia nuestra ciudad de Santiago de Chile. Así comenzó nuestra sociedad, con un puñado de hombres que eran Estado, Iglesia, Ejército, Real Audiencia y, también, vecinos que desde entonces ejercieron su soberanía por medio del Cabildo y organizaron la convivencia a través de instituciones.

La ciudad americana no nació por generación espontánea, sino de la voluntad inspirada en el concepto del valor de la vida común, regida por instituciones y libertades.

Primero fue la idea, que luego se plasmó en la historia. Como siempre, ésta escapó, en parte al designio perfecto del concepto, porque se hizo humana. Y la ciudad lideró los procesos de cambio en el continente, desde el mercantilismo hasta la revolución industrial y la sociedad de masas; desde la escolástica hasta el racionalismo; desde la monarquía de derecho divino hasta la soberanía nacional.

En todas sus etapas el municipio fue siempre el representante de la nación frente al Estado. De ahí surgió el grito de libertad, desde los Cabildos Abiertos que recorrieron

América hacia 1810.

Con el tiempo, la ciudad americana despertó de su sueño hidalgo y señorial ante la pujanza de la burguesía. Y, finalmente, el sueño de esa ciudad burguesa, de grandes almacenes, arboledas, palacios y conventillos, se fue transformando en la ciudad moderna, rodeada por cordones de marginalidad.

El progreso trajo consigo crecimiento y oportunidades, pero también, desde mediados de este siglo, fue dejando a la ciudad sin concepto, para convertirse cada vez más en una realidad caótica. Por su parte, el Estado Nacional, preocupado en la legítima tarea de construir la nacionalidad, fue expropiando a la comunidad el valor de su municipio.

Hoy estamos despertando de esta pesadilla, para defender nuevamente el espacio de dimensión humana habitable para el hombre que es la polis, porque hemos entendido que de ello depende nuestra supervivencia.

En nuestros días, cuando las comunicaciones y el comercio, la revolución informática y tecnológica tienden a borrar las fronteras de los Estados, es la ciudad la que otorga ese sentido de identidad y de pertenencia sin el cual el ser humano pierde su rumbo. Y es el municipio el que se vislumbra como su gran instancia de participación.

En esta tarea está firmemente comprometido el Gobierno de Chile. La descentralización regional y comunal, la descontaminación de las ciudades y la democratización del municipio, son prioridades que estamos enfrentando. La experiencia española y la cooperación vuestra que ya está en marcha, a través de múltiples programas, tiene para nosotros un gran valor.

Vemos con especial entusiasmo, por lo creativa de la fórmula, el programa de hermanamiento de ciudades españolas y chilenas, como el que está en curso entre Madrid y Santiago o el de Santa Fe y Valparaíso. Su reciente visita a Santiago, señor Alcalde, contribuyó en esta tarea, y permitió avanzar en la cooperación entre ambas ciudades.

Cuando estamos a las puertas de la celebración del Quinto Centenario, el mismo año que Madrid será capital del mundo con méritos de sobra, los chilenos seguimos sintiéndola como un puente abierto para Iberoamérica, una suerte de bisagra cultural entre el viejo y el nuevo mundo.

También vemos en ella los desafíos que tenemos que enfrentar.

Tenemos confianza en que nuestras ciudades, con todo su dinamismo económico y con toda su creatividad cultural, podrán devolvernos nuestra dimensión de vecinos.

En esta ocasión, traigo al pueblo de Madrid el cariño de los chilenos y, en particular, de su Presidente. Estoy cierto que este sueño común de recuperar la ciudad para el hombre será posible porque queremos hacerlo, porque sabemos hacerlo y porque lo estamos haciendo juntos.

Permítame terminar, Excelentísimo señor Alcalde, agradeciendo vuestras cariñosas palabras, y a vosotros, miembros de este Ayuntamiento, vuestra cordial recepción.

España recibió a Chile en la persona de chilenos que tuvieron que salir del suelo patrio cuando perdimos la libertad. Así como Chile recibió, en ocasión semejante, a muchos hijos de esta tierra. En ese asilo recíproco, en esa hospitalidad, se ha fraguado un afecto cordial, un entendimiento grande. Nos sentimos muy amigos del pueblo español y de esta ciudad ilustre de Madrid.

Muchas gracias

* * * * *

MADRID, 9 de Abril de 1991.

M.L.S.